

LA FUNCIÓN DE LA METÁFORA AL ABORDAR  
LAS CUESTIONES POLÍTICAS DE NIETZSCHE  
The Role of Metaphor in Nietzsche's Approach to Political Issues

*Ivo Da Silva Junior*

Universidad Federal de São Paulo (UNIFESP) – Brasil

RESUMEN: Mediante un análisis del capítulo «Pueblos y patrias» (§§ 240-256) de *Más allá del bien y del mal*, pretendo poner de manifiesto la manera en que Nietzsche lleva a término su crítica al nacionalismo como algo opuesto a la unidad europea, asumiendo como referencia la música alemana, especialmente la wagneriana, la cual, en este caso, contiene una cosmovisión basada en un ideal de formación (*Bildung*) prácticamente inexistente en la Alemania contemporánea del filósofo. De este modo pretendo enfatizar el hecho de que la política no puede ser tomada como una metáfora para describir «estados del alma», sino que debe ser entendida en su dimensión real.

*Palabras clave:* metáfora – nacionalismo – música – unidad de Europa

ABSTRACT: By analyzing the chapter «Peoples and Fatherlands» (§§ 240-256) in *Beyond Good and Evil*, we intend to point out the way by which Nietzsche accomplishes his critique to nationalism, as opposed to European unity, assuming as a reference German music, particularly the Wagnerian one, which, in this case, embodies a worldview based on an ideal of formation (*Bildung*) practically in-existent in the philosopher's contemporary Germany. In this way we aim to emphasize the fact that politics cannot be taken as a metaphor to describe «states of soul», but rather that it should be understood in its effective dimension.

*Keywords:* Metaphor – Nationalism – Music – European unity

Muchas son las metáforas presentes en *Más allá del bien y del mal*. Después de la metáfora de la digestión, se puede decir que la principal que Nietzsche usa, desde el prólogo, es metáfora de una mujer. ¿Nietzsche recurre a las metáforas como un subterfugio para crear un lenguaje no metafísico? ¿O elabora un discurso filosófico metafórico con el fin de eludir los peligros derivados de la lógica intrínseca del lenguaje? Por supuesto, no se puede criticar un campo epistemológico, con el objetivo de desmantelarlo, utilizando las mismas herramientas del campo — como es el caso del lenguaje. ¿Pero basta utilizar un discurso filosófico metafórico?

A partir del análisis del capítulo «Pueblos y patrias» (§§ 240-256) de *Más allá del bien y del mal*, intentaremos demostrar la tesis de que el uso de la metáfora es mucho más regular y puntual. A través de metáforas, entendidas como transposición, Nietzsche critica en este capítulo las bases sobre las que se asientan algunos de los pilares políticos de su tiempo, a saber, el nacionalismo. Con esto quere-

mos demostrar que el filósofo plantea la cuestión política como una metáfora, cuyo objetivo final sería la de hacer frente a la metafísica y sus consecuencias.

En el último aforismo del capítulo «Pueblos y patrias» (§ 256), Nietzsche examina detalladamente un tema que trató desde el comienzo de este octavo capítulo: la unidad de Europa. A continuación enumera los hombres que trabajaron o expresaron su deseo de crear una nueva unidad: Napoleón (quien rechazó el espíritu nacionalista e igualitario de la Revolución Francesa), Goethe, Stendhal (que era el psicólogo de la futura Europa<sup>1</sup>), y Beethoven (que trabajando «más allá de las cabezas de los alemanes» convirtió a la música alemana en la música de Europa<sup>2</sup>), Heinrich Heine (que consiguió dejar de ser alemán, incluso escribiendo en alemán) y Schopenhauer (por el alcance de su pesimismo en Europa<sup>3</sup>). Un político, un músico, un filósofo y tres escritores, dos franceses y cuatro alemanes. Y este aforismo va más lejos, al tratar en profundidad de Wagner, que, a pesar de su recaída, hubiera deseado, como todos los otros mencionados, una Europa unida y trabajó para enseñar el concepto de «hombre superior»<sup>4</sup>, porque en gran parte, su música tiene su origen en «fuentes e impulsos supragermánicos». Nietzsche indica así en este aforismo que el problema de la unidad europea y la necesidad de un nuevo tipo de hombre o de una casta fuerte del mando van de la mano<sup>5</sup>. Si inicio esta serie de aforismos (§§ 240-256) por el último es para llamar la atención desde el principio sobre el papel central que Nietzsche atribuye a la música en este capítulo, en particular a la wagneriana, para pensar el problema de la unidad europea<sup>6</sup>. Tanto es así que en otro aforismo, al hablar de Schumann, Nietzsche nos dice: «Con él la música alemana se vio amenazada por su mayor peligro, deja de ser la voz del alma de Europa, ha quedado reducida a mera patriotería» (§ 245)<sup>7</sup>.

1. Cf. KSA XI 511.

2. Cf. MA § 170 y FW § 103.

3. Cf. CI «Incursiones de un intempestivo», § 21.

4. Son exactamente esto —como veremos— los «buenos europeos». Nietzsche se refiere a ellos con frecuencia en la obra con las expresiones «nosotros, los buenos europeos», junto a expresiones como «nosotros hiperbóreos», «nosotros espíritus libres», «nosotros, sin miedo», «nosotros, los sabios». Es evidente entonces que esos hombres existen, aunque sean raros; se refiere al más-allá-del-hombre.

5. No debemos dejar de preguntar cuál es esa Europa de la que nos habla Nietzsche: «Aquí, donde las nociones de ‘moderno’ y de ‘europeo’ son casi equivalentes, entiéndase por Europa un territorio mucho más extenso que la Europa geográfica como tal, esa pequeña península de Asia: América también forma parte de ella, puesto que es hija de nuestra civilización. Por otro lado, no toda Europa queda englobada en la idea de civilización europea, sino solo esos pueblos y patrias que tienen su pasado común en el helenismo, la latinidad, el judaísmo y el cristianismo» (MA II, § 215).

6. La relación del Nietzsche joven con la música fue muy diferente, cf. sobre ello D. Sánchez Meca, *En torno al superhombre. Nietzsche y la crisis de la modernidad*, Barcelona: Anthropos, 1989, cap. II, pp. 67 ss.

7. Es evidente que Nietzsche pretende fundar el estudio de la música alemana en la psicología del alma alemana, cuyo fundamento último estará en la fisiología (cf. JGB § 241). En esta dirección, Marcel Beaufils («Comment l'Allemagne est devenue musicienne») escribe a propósito de la música alemana en el siglo XVIII: «Y se sabe que, después de la alabanza al señor, la utilidad del canto era en santo Tomás la de favorecer la digestión». Este autor resalta también que las consideraciones fisiológicas están ligadas a cuestiones fisiológicas, y estas al hecho de que los teóricos del XVIII, incluido

Por esta razón, Nietzsche abre el capítulo titulado «Pueblos y patrias» abordando la música de Wagner (§ 240). De forma nostálgica, recuerda al compositor en sus momentos de recaída, para mostrar que expresa el estado actual del pueblo alemán: un pueblo sin presente. El alemán existía «antes de ayer» y debe existir «el día después de mañana». Pero hoy en día se está perdiendo. Y la música wagneriana actual pone de relieve esta diferencia. «Este tipo de música expresa lo mejor de lo que pienso de los alemanes: son de ayer y el día después de mañana — todavía no tiene hoy» (§ 240). La música de Wagner es «joven y senil», pero no madura, no tiene edad. Ella, al igual que el pueblo alemán, oscila entre dos extremos, entre el pasado y el futuro.

A pesar de esta constatación del estado actual del pueblo alemán, a través de la música de Wagner, Nietzsche expresa en este aforismo sobre todo un gran optimismo para el futuro. Observamos en primer lugar que la música wagneriana aparece en este texto, como la música del norte — en oposición a la del Sur.

En el aforismo siguiente (§ 241), Nietzsche introduce el problema del nacionalismo<sup>8</sup>. Alemania tiene un gobierno fuerte, un «estadista», Bismarck, que hace que la gente sacrifique sus «virtudes antiguas»<sup>9</sup> y se lance a la política, que abandone su vida espiritual en nombre de la vida pública, y hace que su cosmopolitismo se convierta en el gusto por lo «nacional». Un gobernante así puede ser fuerte, pero no «grande».

Esta falta de grandeza actual no impide que el aforismo de Nietzsche termine, al igual que el anterior, expresando su optimismo para el futuro. Espera que con esta llanura espiritual que es Alemania, con la pérdida de la «profundidad» alemana (que se discute en el aforismo 244), otro pueblo más profundo pueda surgir.

Si hasta ahora Nietzsche se ha referido explícitamente solo el pueblo alemán, en el aforismo 242 pasa a los franceses. Además, con ellos todo el capítulo «Pueblos y patrias» establece un contrapunto. Para referirse de forma crítica al «progreso», «humanización» o «civilización», inmediatamente establece una oposición: en contra de la «civilización» o «humanización» de la cultura francesa, la

Kant, asimilaban la emoción musical a dimensiones viscerales y físicas. (Cf. É. Dufour, «La physiologie de la musique de Nietzsche»: *Nietzsche-Studien* 30 [2001], p. 223).

8. Por nación Nietzsche entiende de manera crítica lo siguiente: «Nación — hombres que hablan la misma lengua y leen los mismo periódicos se llaman hoy naciones, y quieren tener el mismo origen y la misma historia: lo que consiguen al precio de la más perniciosa falsificación del pasado» (cf. KSA XI 489). El sentido del término «nación» presente en el texto es el sentido moderno: nación como un conjunto de individuos que participan de las mismas costumbres, valores y leyes, independientemente de cualquier vínculo con el territorio en el que se encuentre. En el momento en que escribe Nietzsche, «nación» deja de hacer referencia a una unidad étnica y pasa a referirse a una unidad territorial y política. El año en que se produjo este cambio fue 1830, cuando la burguesía francesa se rebeló contra Carlos X. No olvidemos, sin embargo, que el mismo *tour de force* que engendra el término «nación» añade a la misma el concepto de Estado. Para los economistas liberales, la riqueza de los gobiernos de las naciones dependía de la fragmentación regular y nacional, es decir, los Estados-nación, una vez que estaban a favor de la competitividad económica y el progreso. A diferencia de la comprensión actual —creo que de Ernest Gellner— Nietzsche considera que el nacionalismo de un pueblo no es el inductor de la construcción de la nación, como se desprende del texto.

9. Estas «virtudes» fueron expuestas, de adentro hacia afuera, en este anterior capítulo que hemos revisado. Nietzsche comienza el capítulo «Nuestras virtudes» reclamando una «Europa de mañana», que recupere las virtudes perdidas (JGB § 214).

cultura o formación (*Bildung*) alemana; contra el «progreso» económico, el famoso atraso alemán. En este punto, retoma la misma idea del aforismo primero y del último del capítulo, la de que hay momentos de recaída de un pueblo, una idea que ahora se pone en términos fisiológicos. Desde hace siglos se encuentra en «evolución»<sup>10</sup>, un «tipo de hombre esencialmente supranacional y nómada», que se detuvo —temporalmente, espera el filósofo—, a causa de otro «proceso fisiológico» que ha generado el movimiento democrático<sup>11</sup>. Observemos que Nietzsche pone en relación la democracia con el «sentimiento nacional»<sup>12</sup>, advirtiendo de las consecuencias de las «ideas modernas». De todos modos, el hombre que lleva a la quiebra europea puede contribuir a un movimiento contrario, tan fuerte como para reintroducir el «buen europeo».

Nietzsche termina este aforismo con la misma declaración de antes: que un movimiento más débil está ligado a otro más poderoso (o, cuando dijo en el aforismo 241, que «el aplanamiento espiritual de un pueblo espiritual tiene una contrapartida: la profundización de otro»). Por lo tanto, todo el optimismo se dirige hacia el futuro, hacia el regreso de los hombres supranacionales. Este optimismo surge de nuevo en un aforismo corto, que sigue al 243, cuando dice que «el sol se mueve con rapidez hacia la constelación de Hércules: espero que el hombre de esta tierra siga el ejemplo del sol. ¡Y nosotros por delante, buenos europeos!».

Este contraste con los franceses, al parecer, solo sirve para arrojar luz sobre los aspectos/características del pueblo alemán. Por lo tanto, «el proceso europeo en la evolución, que puede ser retrasada por grandes recaídas» al que se refiere el filósofo, es un proceso exclusivamente alemán. La «civilización», «humanización» o «progreso», es decir, el proceso que ya se ha logrado —y no en «evolución»— es parte de la Europa de hoy, especialmente de Francia. En resumen, solo Alemania está en marcha, solo que está evolucionando.

Después de haberse centrado en Alemania, Nietzsche continúa en el aforismo siguiente (§ 244) el análisis del pueblo alemán. Pasa a tratar su característica principal, la profundidad espiritual, que ya había mencionado al final del aforismo 242. En este texto (§ 244), el filósofo hace una descripción del alma alemana más detallada de lo realizado en el primer aforismo del capítulo<sup>13</sup>. Ahí (§ 240) habló de «una cierta potencialidad y sobreplenitud alemanas del alma, que no tienen miedo de esconderse bajo los refinamientos de la decadencia, — que acaso sea allí donde más a gusto se encuentren; un exacto y auténtico signo característico del alma alemana, que es a la vez joven y senil, extraordinariamente madura y extraordinariamente rica todavía de futuro». Él dijo —no se olvide— que la música de Wagner es la mejor expresión de esa alma. Esta es la música que viene del norte de Europa (a diferencia de una música del Sur, como los franceses).

10. La terminología parece aquí a propósito hegeliana: «el proceso del  *europeo en evolución*» (JGB § 242).

11. Es evidente que el filósofo hablaba en términos de fisiología cuando en el aforismo anterior (JGB § 241) trata de la digestión de los cambios que ocurren en torno al nacionalismo.

12. Cf. JGB § 242: «con eso se relaciona la impetuosidad y furia de la vociferante voz del 'sentimiento nacional'». En Alemania, Bismarck estaría conduciendo a su pueblo hacia el progreso y la democracia económica, exigidas en la época para la formación de un Estado-nación, a costa del cosmopolitismo y el carácter profundo y cerrado del alma alemana, que, por esta razón, impide por cuestiones políticas.

13. Nietzsche vuelve a utilizar una terminología hegeliana, no sin segundas intenciones.

A su vez, en el aforismo 244, Nietzsche examina otro aspecto del alma alemana: es «ante todo múltiple, de origen diferentes, más yuxtapuesta y superpuesta que bien construida: la causa de ello está en sus orígenes». En la definición del aforismo 240 hizo hincapié en el carácter profundo del pueblo alemán y le asoció la música wagneriana. Ahora explica que es a causa de ser «múltiple», de «varios orígenes», que el alma alemana tiene caminos muy tortuosos, que dan lugar a su profundidad. Y es el momento para decir que el pueblo alemán es difícil de definir, lo que lleva de nuevo a los franceses, siempre con el espíritu de la oposición: «Ellos [los alemanes] eluden la definición, y por lo tanto ya solo por ello constituyen la desesperación de los franceses».

A partir de esta «definición» puede sacarse una consecuencia de orden político. Al decir que el alma alemana es (o era) múltiple, pone al pueblo alemán como capaz de promover la integración de Europa («el pueblo de la más extraordinaria mezcla y fusión»); al decir que está compuesto y construido, apunta a al carácter artificial de los discursos nacionales que quieren imponer a los pueblos con el objetivo de la creación de las naciones.

Esta falta de definición, propia de un alma tortuosa que recorre caminos inauditos, no es entendida por los extranjeros, aún más, les da pánico. En filosofía, esta profundidad aparece en el pensamiento de Hegel, donde el concepto de «desarrollo» es la clave, en la música, surge con Wagner. El concepto hegeliano (Nietzsche había utilizado la expresión, en el aforismo 242, «el proceso del europeo que está deviniendo»), junto con la música alemana, «trabaja para la germanización de toda Europa» o, en otras palabras, trabaja para la construcción de un espacio común de una Europa unida. Esta evolución del hombre europeo y la música de Wagner (cf. § 256) aportan una visión optimista para el futuro de la unidad europea. Vivimos, sin embargo, un tiempo de caída (o de descomposición, si se quiere), que, al parecer, es intrínseco al movimiento de la evolución (en este caso, una vez más, una razón para el optimismo en el futuro).

No es otra la razón por la que esa «profundidad» es saludable. Con ella se puede mantener el optimismo. Sin ella, la «audacia» de Prusia, es decir, el progreso hacia la «civilización» y el «progreso» puede continuar. El filósofo piensa aquí, por supuesto, en la «vía prusiana» que llevaría a Alemania a asimilarse en términos de civilización y económicos con Francia. Termina diciendo el aforismo que esta imagen de «profundidad», no comprensible por otros pueblos, tiene su utilidad, a pesar de que esta «profundidad» tiene un doble fondo. Es posible entender la utilidad de esta imagen de «profundidad»: que sirve para evitar un avance hacia el nacionalismo.

Al analizar el alma alemana, Nietzsche establece una contraposición con Francia, aún más, procura marcar las diferencias entre estos pueblos: un pueblo profundo y no «atrevido»; un pueblo abierto a los demás y no nacionalista; un pueblo «grande»<sup>14</sup> y no demócrata<sup>15</sup>.

No es de extrañar que, cuando se trata de la «profundidad» alemana, Nietzsche deje entrever que el mayor interés de los alemanes ha estado en los asuntos

14. Cf. la distinción que hace en JGB § 241 entre un pueblo «grande» y un pueblo «fuerte». El primero busca la «gran política», el segundo la pequeña (como por ejemplo los demócratas).

15. El problema, por supuesto no para Nietzsche, es que para mantener intacta el alma alemana habría que mantener también el «atraso alemán». Este es el punto que en ningún momento problematiza Nietzsche, a pesar de que muestra preocupación por las consecuencias del desarrollo económico.

del alma y no en el mundo «exterior», o si se quiere, por la política. Y eso es precisamente por qué los franceses no los entienden, porque, a diferencia de los alemanes, están volcados al mundo «exterior». El rechazo de las guerras de liberación y de la Revolución francesa se presenta en este aforismo en esta dirección<sup>16</sup>.

Es con el análisis del alma alemana que en la cuestión del nacionalismo comenzó a desmoronarse. Partiendo del supuesto de la crítica de la metafísica, llevada a cabo en los primeros capítulos de *Más allá del bien y del mal*, presenta el alma alemana como múltiple y no idéntica a sí misma. Es esa gente que podría permitir la unión del Norte y del Sur (ver más abajo que Wagner, antes de su decadencia, quería conseguir esto) la que puede contribuir a la unidad de Europa, y como parte de ella esta mezcla de razas<sup>17</sup>.

El alma alemana es ambigua y no puede ser reconducida a una sola fuente. El pueblo alemán es la «más extraordinaria mezcla y fusión de razas». Es por eso por lo que se hace y se desarrolla (con la misma paciencia que el concepto de Hegel). Su identidad múltiple es lo que la lleva a ser profundo; más aún, se rechazan, en esencia, el deseo de construir una nación. A diferencia de los pueblos cuyo origen se puede identificar, los pueblos más superficiales, menos mezclados, el pueblo alemán es el modelo para la unificación de Europa. Es gracias a esta característica que él (o parte del mismo) reacciona contra la «audacia de Prusia», marca de una Alemania sin presente. Vemos aquí un ejemplo, entre paréntesis, de la crítica de la metafísica que Nietzsche desarrolla en los primeros capítulos de *Más allá del bien y el mal* son esenciales para la crítica de la identidad en favor de la multiplicidad, aquí, en el caso del alma alemana. Y a esta crítica, el filósofo se refiere al uso de metáforas.

El hecho es que, aparte del optimismo de Nietzsche para el futuro, Alemania se encuentra en un movimiento de decadencia (los «buenos viejos tiempos» terminaron). Y esto es lo que Nietzsche vuelve a constatar en el aforismo 245, reiterando lo que ya trató en el aforismo 240, retrasando, siempre desde la música, esta terminación. Tomando como punto de partida una concepción wagneriana musicológica, el filósofo puede decir que con Mozart fue un lugar de descanso, de poner fin a los «buenos tiempos» (los gustos europeos), dejando pocos residuos, entre ellos, su fe en el Sur. Es con Beethoven con quien comienza una nueva fase, pasando del gusto europeo que se ha perdido a la esperanza de los que tenían el sueño de Rousseau y de amor de Napoleón, «el acontecimiento intermedio entre un alma vieja y debilitada» y «un alma futura y superjoven que está llegando constantemente». Esta fase también con Beethoven decae un poco

16. Escuchemos a Hauser que defiende la profundidad alemana como una forma compensatoria para no actuar por parte del intelectual alemán, incluyendo al idealismo (la manera en la cual el nihilismo está estrechamente ligado al malestar provocado por el atraso): «Una *intelligentsia* compuesta por funcionarios subalternos, maestros de escuela, poetas alejados del mundo, habituados a trazar una línea divisoria entre la vida privada y la política, y a renunciar a toda influencia práctica. Compensan ese estado de cosas aumentando el *propio idealismo* [cursiva nuestra] y acentuando el desinterés, abandonando las redes del estado a los poderosos [...] [el intelectual burgués] se retrae a un plano 'genéricamente humano', por encima de las clases y los grupos sociales, transformando en virtud su carencia de sentido práctico, y la llama idealismo, interioridad, triunfo sobre los límites espaciales y temporales» (A. Hauser, *História social da arte*, citado por P. Arantes, *Ressentimento da dialética*, São Paulo: Paz e Terra, p. 153).

17. Cf. a ese respecto el aforismo 475 de *Humano, demasiado humano*, en el que Nietzsche afirma que los alemanes son «intérpretes e intermediarios de los pueblos».

más, y con el movimiento democrático, surge una música romántica con Wagner, Schumann y Mendelssohn, una música adecuada para las masas. La reacción violenta del nacionalismo aquí es el signo de grandes cambios. Con Schumann, «la música alemana se vio amenazada por su mayor peligro, deja de ser la voz del alma en Europa, ha quedado reducida a mero patriotismo» (§ 245). Después de todo, a diferencia de Mozart, Schumann no es un acontecimiento europeo de la música, es solo un acontecimiento alemán y, como tal, en decadencia. Por lo tanto, concluye este aforismo de Nietzsche (§ 245), destacando una vez más, a través de la música, el movimiento descendente de Alemania. Limitémonos a observar la ausencia de Bach en estas consideraciones.

Cuando vuelve a tratar sobre los libros escritos en alemán y de estilo alemán (§§ 246 y 247, respectivamente), Nietzsche vuelve a insistir en la importancia de la música alemana. No solo se hace el diagnóstico de ella, sino sobre todo de sus formas de decadencia, sobre todo de la música de Wagner. Después de todo, la música alemana siempre ha sido la «voz del alma europea» (§ 245). Recordemos que en el aforismo 244, Wagner habría sido el que «incorporó en la música» lo que Hegel había puesto en el sistema. En otras palabras, Wagner pone de manifiesto la «profundidad» alemana, que, como todos los alemanes («auténticos»), es indiferente al «gusto» (francés), es decir, a la civilización y el progreso. Con él, la profundidad del alma alemana podría conducir hay una apertura para otros pueblos; la pérdida de «profundidad» —lo que ocurrió con Schumann— implica la caída en el nacionalismo.

También hacemos hincapié que en estos dos aforismos (§§ 246 y 247), el filósofo —continuando con sus contrastes— opone el pueblo alemán, cuyos libros no se pueden leer en voz alta porque no tienen estilo, a las civilizaciones antiguas (griegos, romanos y egipcios). Con ello está apuntando de nuevo a la distinción entre el Norte y el Sur, en la que los franceses tienen más éxito.

Después de trazar la principal característica del pueblo alemán (la profundidad), esencial para la unidad europea, Nietzsche continúa insistiendo en que los alemanes son los más aptos para gobernar Europa. Y así, desde el aforismo 248, comienza la búsqueda —en los términos planteados desde el principio— de una «nueva casta para gobernar Europa» (§ 251).

En este punto, el capítulo «Pueblos y patrias», junto con los franceses, los ingleses son llamados a escena. Aquellos son, como veremos, criticados y alabados<sup>18</sup>, y estos solo criticados fuertemente. En el ínterin, en el aforismo 248, cuando tiene que hacer frente a los pueblos modelos, Nietzsche se detiene en dos de ellos, el alemán y el francés. El inglés es excluido radicalmente, porque, como el filósofo muestra en el aforismo 252, las «ideas modernas» son obra suya. En Francia, como dice en el aforismo 254, sigue estando escondida una «Francia del gusto», que debe ser recuperada. Es por eso que incluye dos franceses —Napoleón y Stendhal— en su lista de hombres que siempre han luchado por una Europa unida (§ 256). Como ya se dijo en 253, «la *noblesse* europea —del sentimiento, del gusto, de la costumbre, en suma, entendida esa palabra en todo sentido elevado— es obra e invención de *Francia*, la vulgaridad europea, el plebeyismo de las ideas modernas — de *Inglaterra*».

18. Como quedará claro a continuación, los franceses no son un pueblo indicado para llevar Europa a una unidad justamente por estar apegados a las «ideas modernas», a pesar de que, como en el caso de la música de Bizet, consigan unir el Norte con el Sur.

Y así, en el aforismo 248, haciendo uso de una metáfora recurrente desde el comienzo del libro<sup>19</sup>, Nietzsche pasa a caracterizar al pueblo alemán y al pueblo francés. El pueblo alemán es un pueblo viril, hecho para dominar (como los romanos y los judíos). Además, forma parte de esos «pueblos atormentados y embelesados por fiebres desconocidas, pueblos irresistiblemente arrastrados fuera de sí mismos, enamorados y ávidos de razas extrañas (de razas que se ‘dejen fecundar’ —)», es decir, forma parte de esos pueblos que consisten en una mezcla de razas. El francés, en cambio, de los pueblos que prefieren ser fertilizados (como los griegos). Como un hombre y una mujer, estos pueblos se buscan, «pero se entienden mal» (§ 248). Como hemos visto, los lazos de unión entre Alemania y Francia son evidentes en todo el capítulo.

Continúa en el aforismo 250 caracterizando ese pueblo viril, el alemán, ahora por parecido con el pueblo judío, igual de varonil<sup>20</sup>, al que Europa le debe tanto. Es interesante observar que el aforismo siguiente comienza con una crítica del nacionalismo y, por extensión, de las ambiciones políticas (Bismarck) y se convierte en una defensa del pueblo judío. El filósofo afirma, en un principio, que hay un sentimiento alemán excesivo —aunque camuflado— de rechazo de a los judíos, hay una dificultad de aceptación e integración de los judíos (a diferencia de lo que sucede en Francia, Inglaterra e Italia). ‘¡No dejes entrar a nuevos judíos! ¡Cerrad las puertas hacia el este (también a Austria)!’. — Eso es lo que ordena el instinto de un pueblo cuya naturaleza es todavía débil e indefinida, por lo que podría ser borrado fácilmente por una raza más fuerte» (§ 251), en ese momento de debilidad del pueblo alemán (caracterizado como repite en numerosas ocasiones, por la expresión de la música de Wagner)<sup>21</sup>.

Prueba de la fuerza de los Judíos es su oposición a las «ideas modernas» (en este caso es una razón más que suficiente para que Nietzsche alabe los Judíos). Para pensar Europa es necesario contar con los judíos y los rusos, ya que ambos trabajan lentamente hacia sus objetivos. Hay una distancia muy grande entre los que en la Europa de hoy se consideran una nación (y un pueblo, por lo tanto) y el pueblo judío. Solo después de una gran evolución, lenta y sostenida, se podría alcanzar el grado de fuerza de la raza judía. Termina el texto diciendo que se debería hacer una conexión entre el judío y el tipo «fuerte y sólidamente tallado del nuevo germanismo» para perfeccionar el arte de la obediencia y el mando. En este punto, Nietzsche dice que se trata del «problema europeo», a saber, «el cultivo de una nueva casta para gobernar Europa».

Después de haber sugerido cómo debe ser esta nueva raza, Nietzsche rompe con esta cuestión, que, como él mismo dice, es difícil y delicada. Y pasa a criticar a Inglaterra (§ 252), que considera como la patria de nacimiento de las «ideas modernas». Es decir, interrumpe su discurso cuando debería explicar o presentar una propuesta acerca de ese punto crítico. Y comienza por oponer Kant a Hume, Schelling

19. Esta misma metáfora de la mujer la encontramos en el prefacio y en el capítulo «Nuestras virtudes», entre otros pasajes.

20. El breve aforismo 249, en el que afirma: «Cada pueblo tiene su tartufería propia, y la denomina sus virtudes. — Lo mejor que uno es, eso él no lo conoce, — no puede conocerlo», puede ser comprendido como una estrategia de recorrer las características de otro pueblo para poder conocerse, para poder ver las características del propio.

21. «¿Qué quieren los judíos? Ser aceptados por Europa, para poner fin a su nomadismo» (JGB § 251).

a Locke, Hegel, Schopenhauer y Goethe a la «estupidización anglo-mecanicista del mundo», oponiendo la «profundidad» alemana a la superficialidad inglesa (¿sentimiento de rivalidad debido al «atraso» alemán?). «Qué es lo que falta y qué es lo que ha faltado siempre en Inglaterra lo sabía bastante bien aquel semicomediante y retor, aquella insulsa cabeza revuelta que era Carlyle, el cual trataba de ocultar bajo muecas apasionadas lo que él sabía de sí mismo: a saber, qué era lo que le *faltaba* a Carlyle — auténtica *potencia* en la espiritualidad, auténtica *profundidad* en la mirada espiritual, en suma, filosofía» (§ 252). Y es esta falta de filosofía, propia de una raza no filosófica, hace que los ingleses se aferran al cristianismo, mucho más que los alemanes, para la construcción de su «moral». A partir de esta declaración, entendemos que las «ideas modernas» tienen su procedencia del cristianismo.

Darwin y Spencer Stuart Mill serían ejemplos de «mentes mediocres» muy afines al «gusto europeo», pero no al gusto alemán (§ 253). Fueron los británicos los que fomentaron la mediocridad espiritual europea, son obra suya las «ideas modernas» (o, en otras palabras, las «ideas del siglo XVIII»), en contra de lo cual «el espíritu alemán se levantó con profundo disgusto» (§ 253)<sup>22</sup>. Además, como se dijo, contra los británicos aún pesa el hecho de que no saben cantar, es decir, que la música está ausente del alma inglesa.

Los franceses fueron simplemente las víctimas de esas «ideas modernas»: «Los franceses fueron tan solo los monos y comediantes de esas ideas, también sus mejores soldados, asimismo, por desgracia, sus primeras y más completas *víctimas*: pues a causa de la condenada anglo-manía de las ‘ideas modernas’, el *âme française* [alma francesa] ha acabado volviéndose tan flaca y macilenta que hoy nos acordamos, casi sin creerlo, de sus siglos XVI y XVII, de su profunda y apasionada fuerza, de su inventiva aristocracia» (§ 253). Hay, sin embargo, como ya se dijo, una «Francia del gusto» (sin comillas ahora, a diferencia del sentido de la palabra en el aforismo § 244), que mantiene «cerrados sus oídos a la locura delirante y algarazca de la burguesía democrática» (§ 254). Esta «Francia del gusto» se caracteriza por la «capacidad de tener pasiones artísticas», por la cultura moralista y, por último, por una «semilograda síntesis del Norte y el Sur», que tan bien supo hacer Bizet con su música supraeuropea. Ahora vemos las razones de criticar a Francia, pero también elogiada: es la portadora de la música del Sur, pero el problema es que aboga por las «ideas modernas».

En el aforismo 255, Nietzsche encuentra en la música francesa un elemento que puede —y debe— contribuir al futuro de Europa. Más exactamente, encuentra en la música de Bizet lo que hoy falta en la música alemana. Es gracias a esto

22. Nietzsche anota, con todo, que la profundidad del espíritu alemán ya no existe. En la medida en que Alemania caminaba en la misma dirección de los ideales políticos y económicos franceses, la profundidad se va volviendo innecesaria. Como forma de revertir el tiempo, Nietzsche intenta hacer ver que debe ser mantenida (cf. JGB § 244). Sobre las «ideas modernas» desde un punto de vista crítico, pueden ser esclarecedoras las observaciones de Paulo Arantes sobre esta expresión: «La expresión será frecuente en la prosa filosófica posterior», afirma Arantes al tratar de un texto de Marx. Y prosigue: «Y siempre entre comillas, cuyo empleo simboliza con precisión el efecto reductor a la idiosincrasia alemana, puesto que el mérito de poder entre paréntesis el dogmatismo natural de las ideas, especialmente las modernas, no revierte exclusivamente en un esfuerzo crítico, sino más bien en el anacronismo en el que radica esa idiosincrasia» (P. Arantes, *Ressentimento da dialética*, cit., p. 370, nota 4). Ese esfuerzo crítico, cuyo punto de partida es anacrónico, sería el producto del resentimiento por parte de aquellos que han llegado tarde al desarrollo capitalista.

que en la Francia de hoy los hombres más excepcionales todavía existen (lo que no ocurre en Alemania). No es sorprendente que en este aforismo al nombrar a todos aquellos que aspiran a una Europa unida, como vimos anteriormente, Wagner y su música cobran pleno protagonismo. Si la música wagneriana expresa muy bien el signo de los nuevos tiempos, ya que carece de un presente, es porque también aporta una esperanza de futuro, porque esa música se ha originado a partir de «fuentes e impulsos supragermánicos», «gracias al hecho de que nosotros, los alemanes, estamos aún más cerca de la barbarie que los franceses» (§ 256). Y en este punto, la barbarie alemana ha contribuido a la audacia y la fuerza de Wagner, que habría hecho su más grande aportación a la música del norte con la figura de Sigfrido<sup>23</sup>.

Hay indicios de que Europa quiere llegar a ser una. Hay hombres superiores (todos los citados), que en el «siglo de la masa» han defendido «el concepto de ‘hombre superior’» (§ 256). Y la figura que más contribuyó a esto fue Wagner: «Wagner, en cuanto músico, es un pintor, en cuanto poeta, un músico, en cuanto artista sin más, un comediante», es decir, de una forma u otra, encarna todos los otros nombres mencionados (*ibid.*). Aunque en su vejez se volvió a la política y se dedicó a predicar el «camino a Roma», dejando de ser supragermánico<sup>24</sup>.

Tomando el ejemplo de este capítulo, «Pueblos y patrias», donde Nietzsche sitúa la cuestión política como central, ¿podemos decir que la política aquí es parte de un lenguaje simbólico en el que Nietzsche expresa ciertos aspectos fundamentales de su filosofía? Si es así, en el caso de «Pueblos y patrias», el filósofo trataría la cuestión del nacionalismo como un medio para tratar otra cuestión que no es la política, y que nos llevaría a decir que no hay rastro del pensamiento político en la labor de Nietzsche, o que el pensamiento metafórico de Nietzsche tendría como consecuencia el vaciado de todo el tema político en la obra de Nietzsche.

En «Pueblos y patrias», el diagnóstico de Alemania y Europa se hace a partir de la evaluación de la música alemana, y en especial de Wagner. Nietzsche persigue una solución para el «problema europeo» a partir de lo que las grandes obras pueden expresar. Wagner, la síntesis de todos ellos, es la vía preferible para tratar de la política<sup>25</sup>. Por lo tanto, si Nietzsche tiene como principal preocupación la aparición de un nuevo hombre o de una «casta» gobernante es a causa de su primer objetivo, la unidad de Europa —y a partir de ella la cultura— y no al revés. La metáfora es simplemente un medio para pensar la política y no al servicio de otra cuestión.

A continuación, debe preguntarse si el debate sobre el estatuto metafórico no es un problema que la filosofía del siglo siguiente pondría en el centro de atención a partir del pensamiento de Nietzsche<sup>26</sup>.

23. Sobre la música del Sur, cf. L. E. Santiago Guervós, *Arte y poder, Aproximación a la estética de Nietzsche*, Madrid: Trotta, 2004, pp. 133 ss.

24. En el capítulo siguiente Nietzsche tratará de ese hombre más capaz de garantizar la unidad europea. En este momento el tratamiento dado al «resentimiento» será vital, pues no es posible construir la unidad de Europa con un hombre/pueblo resentido.

25. En este punto, como todo indica, el filósofo sigue posiciones consolidadas en Alemania: el mismo espíritu que desde Lutero atribuyó al pueblo alemán un carácter salvífico, por un lado, y un papel central de la cultura en la sociedad alemana, desde Fichte, en detrimento de la política, por otro.

26. Estaría una preocupación mucho más reciente, que, conforme a nuestra recepción de la filosofía de Nietzsche, habría sido introducida por la filosofía de Derrida y desarrollada, entre otros, por Kofman.